

EL CASCABEL

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO—SE PUBLICA CUATRO VECES AL MES

SE SUSCRIBE Á LA EDICION DE LUJO REMITIENDO 30 RS. POR UN AÑO, 18 POR SEIS MESES, 10 POR TRES, UNO POR CADA NÚMERO SUELTO Y 16 POR CADA VEINTICINCO

Á SU DIRECTOR-PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.—MADRID, CALLE MAYOR, 123.

TIPOS DE LA GUERRA DE ORIENTE.



EL RUSO.

MADRID, 1877. AÑO XVI. NÚMS. 1.016 Y 1.017.

SUMARIO.

TEXTO: Historia de un santo viejo, R. Becerro.—La Meditación, Julio Nombela.—Un duro, C. Solsona.—Tipos populares, Andana, R. Sepúlveda.—Flores de María, M. Jorreto.—El buey y la gallina, R. Zamacois.—Negocio redondo, Federico de la Vega.—¿Qué es el amor?, L. C. Porset.—Charadas.—Teatros.—Obras nuevas.—Notas.

GRABADOS: Tipos de la guerra de Oriente.—Los dioses mitológicos, Ortego.—Geroglífico.

HISTORIA DE UN SANTO VIEJO.

Hasta hoy jamás he comparecido delante de la justicia, ni he dado á ésta un solo ochavo.

Desgraciadamente, desde hoy guardo en mi cartera un recibo que dice así:

Barrio del Andrajo.—El abajo firmado, por la soberanía popular, alcalde de barrio: He recibido de mi súbdito vecinal D. (*aquí mi nombre*) la cantidad de dos pesetas, importe de una multa que le he impuesto, según la ley (q. D. g.), por haber subido un santo al cielo y haber tumbado un inglés por tierra, cosas que son verdad, pero que nadie entiende ni yo tampoco.—Hay un sello.—(Y después unos garabatos que parecen firma y que ni el que los ha hecho los puede leer ni yo tampoco.)

El caso es este:

Petterson, el tornero inglés que vive aquí donde yo vivo, en el corral del Aguila, barrio del Andrajo, á dos pasos de mi convento de San Buenaventura, compró hace quince días las ruinas de un antiguo monasterio, y con ellas un patio extenso, no visitado desde hace treinta años, lleno de zarzas, de espinos secos y de manrubios, y en el que hay aún algunos tallos torcidos de parra, que agarrados con sus múltiples brazos á las ruinosas columnas del claustro, se mantienen allí retoñando perezosamente en Mayo, y ostentando tristísimo verdor durante el verano, como única muestra de la única vida que hay en tan solitario lugar.

Antes fué el monasterio maravilla de propios y de extraños, escuela de filosofía y templo de alto renombre; ahora, Petterson lo ha comprado por ménos dinero del que se necesita para llenar en dos inviernos una pipa de regular calibre.

Removiendo el suelo del patio, han hallado entre la ruina bastantes despojos raros, y sobre todo, esculturas en piedra, que fueron el ostentoso adorno

de las galerías que se hundieron y de los grandes frontispicios que han desaparecido.

Ayer mismo contemplaba yo en aquel sitio cómo asomaban la cabeza, á los golpes del azadon, ángeles y frailes, frisos y capiteles, balaustres y sillares, allí confusamente mezclados desde el día en que desventurada furia los derrumbara, y así mirando, vi á los trabajadores alzar de entre la tierra y empezar un gran bulto, que al parecer fué un *santo*.... de piedra.

Estaba el pobre aún, á pesar de haber sido caído y enterrado, con las manos cruzadas en actitud de orar, con los ojos fijos en el cielo, peinadas con cuidado las barbas y sin que se le hubiera deshecho un solo pliegue de su monástico ropaje. Es verdad que tenía el rostro desfigurado á golpes, y los dedos rotos y perdida la mitad posterior de la cabeza; y es verdad también que en el conjunto era un tanto desproporcionado, porque no alcanzó sin duda á hacer otra cosa la habilidad del imaginero; pero, á pesar de todo, no quise dejarle sólo en el rincón donde le pusieron, ya que me fué simpática su estampa desde que le ví, y movido por el deseo de examinarlo á mi gusto, limpiéle la tierra del rostro, le miré atento, y por espacio de más de diez minutos así pasados, el santo y yo estuvimos frente á frente sin hablar una palabra.

Petterson se acercó, me dió una palmada en el hombro diciéndome adios, y yo le contesté sin volver la cabeza.

Era al anochecer; los obreros recogieron picos y palancas, Petterson encendió su pipa, se puso á la cabeza de ellos y marcharon. El patio quedó desierto.

Me dirigí á la puerta del claustro para ver si habían dejado la llave, la hallé, la recogí y volví al rincón, atravesando ántes la extensa planicie de las ruinas.

La hora y sitio convidaban á sentir. Los tristísimos resplandores del crepúsculo de invierno doraban el muerto perfil de la espadaña del templo, y las cimas de los altos paredones, llenos de arcos destrozados y de caprichosas grietas, por los que pasaba, movido á impulso de la brisa helada, alguna ligera ráfaga de niebla, formando singular contraste con los resaltos claros, yacían en la sombra como plegados unos sobre otros los asientos de los



murallones, las filas de columnas, un sombrío pasadizo y la nave destrozada; destacábanse de entre lo oscuro, al pálido reflejo de las partes altas, algunos salientes de las cornisas, algunos restos de estatuas mutiladas y montones de piedras derruidas, y en el alto lienzo que cerraba el cuadro, alzándose coronado de agujas escalonadas, abríase una gran ventana circular llena de labores ojivales, por entre cuyo calado, formando maravilloso efecto, se veía la luna que acababa de elevarse en el horizonte.

Cuando llegué al rincón encontré al santo sentado sobre el poste de una columna caída. Se había corrido la tierra húmeda sobre la que le apoyaron, resbaló la mole, chocó contra su asiento, se quebró la estatua por la mitad y quedó la superficie sobre el fuste arrimado á la pared, de tal modo, que creí sentado el santo. Sentéme yo también á su lado, y abarcando desde allí de una mirada todo cuanto tenía delante, me pareció que las ruinas, y la soledad, y la miserable vegetación, y el cierzo glacial, y el resplandor de la luna, y hasta el silencio imponente, me pareció que hablaban.

Yo no sé qué eternas armonías, qué cuentos interminables, qué concierto indefinible de multiplicadas voces oigo siempre entre estos vestigios donde no se oye nada: como oigo también en la quietud de la noche y en medio del descanso del cuerpo algo de armonía eterna, de cuento raro, de indefinible concierto en el alma cuando cierro los ojos y me quedo sólo conmigo. Las ruinas me han parecido generaciones de colosos que duermen un sueño secular, y que así como los hombres soñamos, hay también en ellas algún espíritu que se agita, que se mueve y habla.

Hubiera traducido y escrito en un canto interminable lo que allí oía; pero ¡maldita pereza! á menudo las armonías que se oyen se dejan escapar y pasan y no vuelven, y yo soy reo criminal porque no las apunto, porque un día se secará la fibra que sabe sentir, y entonces ¡cómo cantaré!

Volvíme á mi santo viejo, que también hablaba, y hé aquí lo que salió de aquella cabeza rota de piedra, con la cual hará Petterson, ántes de poco, un pozo hueco para que beban las gallinas de su corral:

"Yo soy San Lain de Villadaspa, pobre fraile predicador, elevado á la gloria y ejemplo vivo, des-

pues de muerto, de lo que vale un mérito que los hombres que más tienen suelen á menudo olvidar. Muchas veces he contado mi historia, desde el pilar elevado en que estuve cinco siglos, á cuantos me miraban; muchas veces la he repetido después cuando he yacido enterrado en esta ruina. Ni entonces ni después me oyó nadie, porque como para hablar no movía los labios, ¡quién pensaba que hablaría un santo de piedra!

Al volver esta hora de la noche, en el corto tiempo que me queda entre oración y oración, vuelvo una vez más á contarla, porque ni aún después de muertos bajan los predicadores de su tribuna, sino que predicán tan eficazmente con el recuerdo de sus hechos, como predicaban ántes con sus obras.

Yo nací sin padre ni madre, y no me quejé; ni un sólo beso recibí en mi frente, ni nadie pronunció mi nombre con cariño. Fuí pastor y sufrí miseria, y en medio de mi abandono mis ojos se volvían siempre hácia el cielo, y poniendo mis dedos en mis labios enviaba á Dios un beso todos los días.

Fuí hombre y me casé y mi mujer me abandonó y mis hijos me escarnecieron y mi casa se hundió. Pero siempre, aún cuando no desaparecían las lágrimas de mis ojos, mi corazón sonreía y ni una queja tuve contra el Señor. Viajé y viajé enfermo, ¡ay!; y sufrí en cada día una amargura, y jamás me quejé. Llegué á la puerta de un monasterio y hallé acogida, viviendo por espacio de treinta años como el último y más indigno de los hermanos. Fuí su víctima y su siervo y su perro servicial, y no me quejé.

Al fin entreví el día del descanso cuando llegó mi muerte.

Llegué al cielo, y ufano y orgulloso alcé la cabeza.

¿No había hecho bastantes méritos? ¿No había sufrido bastante? ¿No concluye la pena de vivir en el momento de morir?

Alcé la cabeza cuando entré en el paraíso y oí entonces mismo la voz del Señor que decía:

—Vuelve al pedestal de tu convento y ve lo que aún te falta que sufrir.

Aquel mandato me dejó anonadado. ¿Qué tiene que sufrir el hombre cuando ha sido toda su vida un santo?

Volvió mi espíritu al convento y fué á fijarse en

una grieta que formaban los sillares del pórtico, encima de la cabeza de una imagen de piedra labrada por un hermano imaginero, la cual me representaba a mí, á quien la comunidad, en calidad de santo, habia mandado erigirla.

Y en aquella grieta esperé y empecé á sufrir.

Me contemplé en mi retrato de piedra y ví que habian hecho, de lo que yo era ántes, una figura rara. Alzó mi espíritu su lamento al cielo diciendo: ¡Señor, castigad al escultor que me ha hecho tan horrible!

Un dia, dos frailes se quedaron mirando mi estatua:

—Ahí teneis, hermano—dijo el uno,— un santo sin mérito alguno.

—Oid—contestó el otro—¿creeis que es poco mérito el ser tonto toda la vida y servir de mula de carga de todos los vicios?

Y habiendo dicho esto, se fueron riendo y celebrando la burla. Otro dia, unas mujeres que miraban las esculturas del templo se fijaron en mí:

—¡Mírale, mírale, qué cara de bobo! ¡De Villadaspa habias de ser para no tenerla! ¡Cuánto más te hubiera valido *en este mundo* seguir guardando cabras en tu lugar que no venir á meterte santo en un convento!

—Dicen que es muy milagroso,—añadió una.

—Sí, para contra el hipo, que lo quita al momento, porque no hay más que mirarle á la cara y echa uno el cuajo de risa.

Mi espíritu alzó su acento dolorido exclamando:

RICARDO BECERRO.

(*Se concluirá.*)

* * *

LA MEDITACION.

La meditacion es el oasis más delicioso del alma, cuando se tiene la fortuna de verlo todo de color de rosa.

Pensad sobre cualquier objeto en vuestros momentos de tranquilidad, apreciadle en conjunto y buscad sus detalles.

Cada impresion despertará en vosotros un pensamiento.

Cada pensamiento dejará un recuerdo dulcísimo en vuestro corazon.

Hace muy pocas tardes que, al dar las siete, nos encontrábamos en la Fuente Castellana.

Una lujosa carretela cruzó delante de nosotros: era una de esas carretelas aristocráticas, tirada por briosos caballos, guiados por jockeis distinguidos, una de esas carretelas con fondo azul, con filetes plateados.

Una sola persona iba en ella.

Era una mujer elegante y graciosa, que, muellemente reclinada sobre los almohadones del carruaje, parecia con su flotante traje blanco uno de los delirios de la mitología: Venus saliendo de la espuma del mar.

—¿Y qué tiene de extraordinario que una mujer hermosa, con su correspondiente miriñaque y su lujoso traje de doble falda, cruzase en una elegante carretela el paseo de la Fuente Castellana? nos preguntarán nuestras amables lectoras. ¿No lo vemos esto todos los dias y á todas horas?

—Sí por cierto, contestaremos; nada de extraño tiene si pasa desapercibido; pero fijaos un instante; pensad en lo que representan esa carretela y esa mujer, meditaad sobre todo lo que veais, y cuando para muchos se hayan concluido los goces, se abrirá para vosotras una senda desconocida que os ofrecerá momentos felicísimos.

Nosotros, al ver pasar la carretela, y en ella la elegante dama de que os hemos hablado, descubrimos lo que os vamos á confiar con el mayor secreto.

El carruaje sólo encerraba para nosotros una historia llena de episodios sentimentales y de alegrías sinceras.

Buscando su origen, comprendimos una debilidad de corazon humano y otra de cuerpo.

La opulencia y la comodidad.

Se apareció á nuestra vista el infeliz jornalero separando el tronco de la raíz para buscar la madera, uno de los más importantes materiales que entran en la composicion del carruaje.

El árbol nos hizo adivinar una madre guareciendo á su hijo de los rayos del sol bajo las ramas, á una amante escribiendo en la corteza del tronco el nombre de su amado; vimos al carpintero aserrando la madera, y este operario nos reveló su deseo, el de aumentar, aunque modestamente, su fortuna, tal vez para dar alimento á su anciana madre, para proporcionar el bienestar á su familia, para adquirir los medios de unirse á la mujer que amaba; se dibujó ante nosotros el constructor, gozando interior-

mente con las ganancias que su obra le ofrecía.

Por otra parte, vimos á los mineros extrayendo el hierro, la plata, del seno de la tierra, y las operaciones que para llegar á formar parte del carruaje habian tenido que sufrir estos minerales; y los hombres que las habian ejecutado, y los distintos caracteres de cada uno, y sus deseos, y sus lazos con la sociedad, y como en un panorama pasaron á nuestra vista escenas interesantísimas.

Ya veis cuánto dice uno de los objetos que á todas horas mirais con indiferencia; ya veis que es una série de historias enlazadas; ya veis cuánto tiempo puede ocupar la meditacion, y cuán agradables instantes puede proporcionar el objeto más frívolo.

Pues ¿y la elegante dama?

¿No os figurais, al verla, su nacimiento, el amor de sus padres, sus juegos inocentes, la formacion de su carácter, sus sueños, sus deseos, sus caprichos, sus intrigas, sus impresiones? ¿No adivináis al verla lo que siente, lo que es? Su aficion á la crinolina, el color de su vestido, que dice ser su color favorito, su peinado, su mirada, su fisonomía, su soledad entre el fausto y el lujo, ¿no os revelan toda su existencia, todo su presente, no os hacen adivinar todo su porvenir?

Pues aplicad este espíritu observador á cualquier otro objeto, y obtendreis los mismos resultados.

Distraereis vuestra imaginacion sin hacerla sufrir; recibireis lecciones saludables, que os agrada- rán; por ser vosotras mismas vuestras Mentoras, y pasareis el tiempo entretenidas.

Si es cierto que la vida es una peregrinacion—así al ménos lo creemos nosotros,—ya sabeis lo que son los viajes sin distracciones.

Os hemos confiado esta opinion, para daros un remedio contra el fastidio, y un medio de que os comprendais y comprendais cuanto os rodea.

J. NOMBELA.

* * *

UN DURO.

(ARTÍCULO METÁLICO.)

¿Qué es un duro?

Un duro es un *garrotazo* ó una moneda de veinte reales.

Un duro es, cinco pesetas, dos escudos ó dos mil milésimas.

Para los jugadores, un duro es un *durandarte* ó un *macho*.

Un duro es una propina aristocrática.

Para Perona, un duro es una comida con tres *principios*.

Un duro es una butaca en el teatro Español ó un palco en el Recreo.

Para un cesante es el *Por-venir*.

Para un estudiante lo desconocido.

Si yo tuviera un duro, no escribiría este artículo.

Me iría á París, á Lóndres, á Moscou.

Por un duro se puede soportar... ¡hasta una suegra!

Por cinco pesetas se entra en cualquier baile de máscaras.

El duro nace en las minas de Almaden ó en las del Brasil ó en otras, lo bautizan en la casa de Moneda y pasa su vida saltando de bolsillo en bolsillo.

Un duro en el de mi chaleco es un pez sacado del agua: salta y salta hasta que se sale.

Y una vez que se marcha, ya no vuelve.

Al que pasa por la calle se le puede decir que nos deje la acera, que nos diga á cuántos estamos; se le puede pedir lumbre para el cigarro, podemos decirle nos enseñe la calle que no sabemos, que nos saque de una duda, etc., pero pedirle un duro... ¡jamás!

Lector, haz la prueba, y se marchará sin decirte *buenos dias*.

Hoy dia no hay quien tenga un duro.

El que lo tiene lo guarda, y es como si no lo tuviera.

Un duro produce diferentes emociones.

Si lo sacas de tu bolsillo delante de cuatro pille- tes, observarán el bolsillo donde te lo pones.

Si te lo ve un tahur, querrá hacer con él una *pe- lotilla*.

Lo que está en España es de los españoles, te dirá un socialista, y dándote un escudo se quedará con el otro.

Cuando tengas un duro, lector, si lo prestas ó lo pones en una sociedad de crédito, dale el último *addio*.

Los mejicanos son célebres.

¿Sabeis por qué? Porque ya no se encuentra uno.

Dicen los economistas que el dinero (ó sean los duros) no solamente no es la única riqueza, sino es

que no la constituye, mientras no se aplica á la produccion.

Para ellos, el dinero no es más que el *agente* universal del cambio.

Respeto la ciencia, pero el que no tiene *agente* vive de ilusiones.

Y todos sabemos que al que tiene un duro nada le falta para veinte reales.

El duro es susceptible de multiplicacion, pero no de resta.

El duro del que se resta una cantidad deja de ser duro; si le quitamos un real lo convertimos en *napoleon*.

Pero si lo multiplicamos por 16 nos encontramos con una onza.

Sublime palabra, de la que ya no queda ni el sonido.

Una advertencia y concluyo.

Lector, te advierto que nadie sabe lo que vale un duro hasta que se lo piden prestado.

CONRADO SOLSONA Y BASELGA.

* * *

COLECCION DE TIPOS POPULARES.

ANDANA.

Ni supe cuándo nació,
ni sé cuándo morirá;
pero me figuro yo
que *Andana* eterno será.

Informal como ninguno,
aunque con muy buenos modos,
este sugeto es un tuno
que se hace amigo de todos.

Amistad acrisolada
nos ofrece comunmente,
déjanos en la estacada,
y se vá tranquilamente.

Contrata, ofrece dinero
á sus amigos, sin tasa,
y luego... es un marrullero
que nunca se encuentra en casa.

En invierno y en verano
ejerce sus malas artes;
y se halla este ciudadano,
como Dios, en todas partes.

En fin, se pierde de vista;
y se le ha llegado á ver
disfrazado de bolsista,
de ministro y de mujer.

Aquel que ofrece contento
millones, como el que más,
y, cuando llega el momento,
entonces... se vuelve atrás;

Aquel que es la dicha toda
de una niña enamorada,
y dice, si hablan de boda,
que de lo dicho no hay nada;

Aquel que piensa ayudar
á un amigo en su afliccion,
y, si le van á buscar,
suele hacerse el remolon;

El que liberal se llama,
y toca más de un registro,
y no cumple su programa
cuando llega á ser ministro;

Y, en fin, esos *policiaicos*,
guardias del orden... *oculto*,
que en cuanto atisban dos cacos
saben escurrir el bulto;

Todos esos, en detalle,
son de mi tipo ediciones;
porque se encuentra en la calle
lo mismo que en los salones.

En su recto proceder
nos obliga á consentir;
pero es largo en ofrecer
y muy avaro en cumplir.

Y no hay ninguno que venza
sus tretas, de ningun modo;
pues como es un sinvergüenza.
se le da un pito de todo.

Puede ser alegre ó grave,
chulo ó mozo de cordel,
ó actor; pero ya se sabe
que no hay que contar con él.

.

Lector; si encuentras al paso
el tipo de este boceto,
te ruego no le hagas caso,
puesto que es un mal sugeto.

Fíjate bien en su nombre,
y no te quejes mañana;
porque, casi siempre, el hombre
se suele llamar *Anlana*.

RICARDO SEPÚLVEDA.

* * *

FLORES DE MARÍA.

PENSAMIENTO.

Solo Vos ocupais mi pensamiento.

I.

Flotaba todavía del ángel de mi guarda,
sobre mis turbios ojos, el blanco y puro velo,
mi madre cariñosa, meciéndome en la cuna,
velaba por mi sueño,
y yo, aunque era tan niño,
¡qué bien hoy lo recuerdo!
tanto placer sentia
caer sobre mi pecho,
que en sonrisas vertíanle mis labios
por no caber ya dentro.

II.

Al ángel preguntando, batió sus leves alas,
con su armonioso ruido se despertó mi sueño
y ví á la madre mia besándome en los lábios,
con un amor tan tierno,
que, aunque era yo muy niño,

pensé que aquel aliento
era que el alma suya
le daba alma á mi cuerpo;
y, al cruzarse los átomos, sentia
sonar un nombre en ellos.

III.

Bendita una y mil veces el alma de mi madre,
que al infundir la mia, segun aprendí luego,
tu nombre, Virgen pura, tu nombre es el que hacia
sonar entre sus besos.

Y, aunque era yo tan niño,
noté en él tal consuelo,
que en mí le fuí mezclando
conforme fuí creciendo,
y quise con su esencia deliciosa
formar mi pensamiento.

M JORRETO.

* * *

EL BUEY Y LA GALLINA.

FÁBULA.

Cierto buey, que ya rendido
de trabajar como un diablo,
panza arriba en un establo
se hallaba el pobre tendido,
—Calla, con fiero ademán
á una gallina decia,
que insufrible todo el día
cantaba con mucho afán.
Infame gallina, dí:
¿Por qué razon gritas tanto?
¿Qué significa tu canto?
¿Por qué alborotas así?
—¿No sabes lo que hay de nuevo?
dijo ella sin vacilar;
pues es que quiero anunciar
al mundo que he puesto un huevo.

Nunca, nunca te amostace
un valenton, Juan querido,
que aquel que mete más ruido
es siempre el que menos hace.

RICARDO ZAMACOIS.

* * *

DIOSES MITOLÓGICOS,



Marte.



Cupido.



Venus.



Mercurio.

A

POR ORTEGO.



Prometeo.



Orfeo.



Adonis.



París.

NEGOCIO REDONDO.

I.

Hace cosa de cuarenta años, los asesinatos y los robos á mano armada se cometían en las calles de París casi diariamente apenas cerraba la noche. Más valor se necesitaba entónces para atravesar á deshora algunos barrios de la antigua Lutecia, que para recorrer hoy día los desfiladeros de las Calabrias.

Las repugnantes descripciones que en *Los Misterios de París* hace Eugenio Sué de la *Cité*, no son exageraciones de novelista, sino una copia fiel de la verdad. La célebre taberna del *Conejo blanco*, que hace poco se demolió para dejar paso á una nueva vía, y cuyos muebles y utensilios se vendieron en pública subasta á precio fabuloso, era una de las muchas madrigueras de bandidos que existían en la población.

París era el refugio del crimen.

Los malhechores de todos los departamentos de Francia encontraban seguro asilo y ancho campo á sus explotaciones en la inmensa red de sus tortuosas y estrechas callejuelas.

Pero el aspecto del antiguo París ha desaparecido, y con él esa asquerosa úlcera que roía su corazón.

Los modernos embellecimientos y la nueva organización de la policía han cambiado su faz completamente.

Magníficas y espaciosas calles atraviesan hoy los insalubres y sombríos barrios donde ántes se albergaba el crimen, derramando en ellos el aire, la luz y la seguridad individual.

Los ladrones han tenido que amoldarse á la metamorfosis de la población.

Y así como los viejos casucos de las antiguas callejuelas se han convertido en soberbios edificios al contacto de la varita mágica de la edilidad parisiense, así también la mugrienta blusa del feroz bandido de hace treinta años se ha cambiado en el elegante frac del moderno caballero de industria.

El crimen se ha transformado con el aumento de luz y vigilancia.

De brutal y sanguinario que ántes era, se ha vuelto amable, pacífico é ingenioso.

Lo cual, por más que se diga, es un verdadero adelanto.

La afición á quebrantar el sétimo mandamiento no se ha extinguido; pero los que todavía la conservan la ejercen con tan esquisita delicadeza, con tan fino tacto, con tal exuberancia de precauciones y tanta fecundidad de imaginación, que casi siente uno deseos de que le roben.

Hay días en que la crónica de la capital es un tejido de cómicas anécdotas, cuya lectura provoca la siguiente reflexión:

Que si la mitad del talento que algunos seres desperdician en atacar el bolsillo del prójimo le emplearan en cosas útiles, se aumentaría de una manera extraordinaria la nómina de las celebridades modernas.

Allá va una prueba reciente del grado asombroso de civilización á que han llegado en el transcurso de algunos años los ladrones parisienses.

II.

En el muelle Voltaire hay un gran establecimiento de antigüedades—vulgo baratillo,—á cuyo propietario, hombre que, según la voz pública, ha ganado sendos miles de francos en su comercio de armas roñosas y de viejas porcelanas, se presentó hace pocos días un caballero perfectamente vestido.

—¿Tendría Vd. inconveniente—preguntó al dueño del establecimiento,—en ponerme este cuadro en venta?

Y de entre los pliegues de una gran servilleta sacó un cuadro como de media vara de altura, guarnecido de un marco viejo. Tan espesa era la capa de polvo y grasa que recubría el lienzo, que hubiera sido difícil reconocer, no ya la escuela á que pertenecía, sino el asunto que representaba.

—Si Vd. me le vende pronto—añadió el desconocido,—le daré una prima de 1.000 francos.

—¿De 1.000 francos!—exclamó el baratillero calándose las gafas.—¿Pues cuánto vá Vd. á pedir por este mamarracho?

—Mucho menos de lo que vale.

—Pero ¿cuánto?

—Ese *mamarracho*—añadió el vendedor recalando irónicamente esta palabra—es un Rembrandt y no le daré por menos de 60.000 francos. Si Vd. puede sacar algo más, se lo cedo en beneficio.

Al oír 60.000 francos, el baratillero abrió los ojos desmesuradamente, limpió las gafas con el pico del pañuelo, volvió á montarlas en la nariz y se puso á examinar el cuadro.

—¿Conque Vd. pide por esta *alhaja*?...

—Sesenta mil francos.

—¿Y qué asunto es?

—Un *interior flamenco*.

—¿Me permite Vd. que le haga una pregunta?— dijo el baratillero despues de un momento de exámen.

—Hable Vd.

—¿Se halla Vd. seguro de no estar demente?

—¿Señor mio!...

—No hay que enfadarse; pero lo que Vd. me dice no tiene sentido comun. Este cuadro, en mi concepto, no vale en buena venta sesenta francos.

—Dispense Vd... yo no vengo aquí á que me le aprecie, sino á que me le venda. Y aunque Vd. sea muy inteligente en pintura, espero que así que le haya vendido modificará su opinion.

La solemne gravedad con que fueron pronunciadas estas palabras impuso al baratillero.

—Conque ¿le acomoda á Vd. vendérmele, dándole una prima de 1.000 francos?—insistió el desconocido.

—Pues, hombre, déjele Vd. ahí y le pondré en la vidriera; pero se me figura que va á estar por largo tiempo.

—Yo creo lo contrario; tanto, que cuento con ese dinero para hacer un viaje á Indo-China.

El baratillero sonrió como diciendo para su colete:

—“¡Como no te embarques hasta que se venda el Rembrant, buena pacotilla de nietos has de tener!”

Despidióse el vendedor, despues de haber dejado las señas de su domicilio, y el mercader de antigüedades colgó á la puerta el *interior flamenco*.

III.

Al dia siguiente, un caballero de bigote gris, de franca y expresiva fisonomía, sobre cuyo pecho brillaba la roseta de una condecoracion extranjera, se puso á examinar el mugriento lienzo con la mayor atencion.

—¿Qué precio tiene este cuadrito?—dijo despues

de haberle mirado y remirado á diferentes luces y distancias.

—¿Una friolera!—respondió el baratillero sonriendo.—Ochenta mil francos.

—¿Caro es!

Pero la fisonomía del caballero no dió señales ni de burla ni de asombro.

—¿Zape!—se dijo el mercader—¿pues no se asusta! ¿Si será un magnífico Rembrant y yo seré un bolo?

—¿Su último precio?—añadió el caballero.

—Setenta y cinco mil.

—¿Tiene Vd. á mano un poco de espíritu de vino?

—Sí, señor, creo que debo tener un resto en un frasco.

—Si Vd. me hiciera el favor...

El mercader cogió un frasco de vidrio que se hallaba sobre un viejo escaparate y se le ofreció al desconocido.

Este se quitó pausadamente el guante de la mano derecha, mojó la yema del dedo índice en el espíritu de vino y se puso á frotar con suavidad en un ángulo del cuadro.

—¿Sí, es el mismo!—dijo examinando el claro que acababa de limpiar.

Luego añadió:

—¿Hace mucho tiempo que tiene Vd. este cuadro?

—No, señor.

—¿Y sabe Vd. cuál es su procedencia?

—¿Perfectamente!—respondió el baratillero con el mayor aplomo.

—Pues entónces, excusado es decir que hace cuatro años se vendió en Bruselas al conde Keller, el cual no dió por él sino 45.000 francos. ¿Le vendría á Vd. un precio parecido?

—No, señor. Le hablaré á Vd. con franqueza: el cuadro no es mio y su dueño no quiere ménos de 75.000 francos.

—¿Y si le diesen 50.000?

—Creo que seria inútil.

—¿Y 55.000?

—No sirven.

—¿Es muy caro!—dijo el caballero lanzando un suspiro.

En seguida saludó y se alejó pausadamente.

En el mismo dia, seis ó siete admiradores se extasiaron ante el Rembrant y tantearon el vado,

Ninguno de ellos pareció admirarse de la exorbitancia del precio. Unos ofrecieron 30.000, otros 40.000, y alguno llegó hasta 59.000 francos.

La más ciega fé penetró entónces en el alma del baratillero; pero con la fé se despertó la codicia.

Pasaron tres dias sin que al Rembrant le faltaran admiradores.

Y como en este buen París basta con que un par de mirones gesticulen delante de una vidriera para que en seguida se forme un círculo compacto de curiosos, habia á todas horas frente al interior flamenco un numeroso corrillo cuyo aspecto embozado llenaba de orgullo al mercader.

Al cuarto dia, el caballero condecorado volvió á presentarse en la brecha.

—¿Ha visto Vd. al propietario?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Le acomodan los 55.000?

—¡Cá! por 59.000 ya podía estar vendido.

—¿Y si le dieran 60?

—Méenos de 70.000 no le cede, y eso porque necesita el dinero para hacer un viaje á China.

—Pues dígame Vd. que yo doy 65, y ya volveré por aquí á saber la respuesta.

—¡Es inútil! no le dá en méenos.

—Vamos, 68.....

—El último precio es lo que he dicho.

—¡Pues el cuadro es mio!—exclamó el caballero con aire de triunfo.

El mercader de antigüedades no pudo reprimir un salto de alegría.

Y el caso no era para méenos: como que se ganaba de una mano á otra 11.000 francos.

El comprador sacó de una voluminosa cartera diez billetes de á mil francos, y entregándoselos al extático baratillero, repuso:

—Extendamos el contrato ahora mismo, quedando esta suma en señal. Dentro de cuatro dias recibiré fondos sobre París y pagaré el resto, recogiendo entónces el cuadro. Soy el baron de Reinster y vivo en el hotel del Louvre.

El contrato quedó extendido y los diez mil francos en poder del baratillero, quien, á fuer de prudente, fué en seguida al hotel del Louvre á comprobar la identidad del comprador.

La persona indicada vivia allí en efecto.

¡No habia duda, el negocio era redondo!

Una vez puesto en el filon, el baratillero quiso explotarle completamente, sacando otra astilla del propietario.

Sin perder minuto se presentó en su domicilio.

—Me alegro infinito de verle á Vd.—le dijo el vendedor—porque iba á vestirme para ir á su casa á recoger el cuadro.

—¿A recogerle?

—Sí, le tengo casi vendido...

—¡Vendido!—exclamó el mercader aterrado.

—Sí, y como necesito el dinero, deseo cerrar el trato cuanto antes.

—Pero el caso es...

—¡Qué! ¿Hay algun comprador que dé los 60.000?

—No, pero muy arriba llegaríamos.

—Pues, amigo mio, á mí me dan 58.000 á toca teja, y como me urge marchar voy á cederle.

Viendo el baratillero que se le escapaban de entre las manos los 13.000 del pico, se embarcó de lleno en el negocio.

—¡El cuadro está ya vendido en ese mismo precio!—exclamó.

—¿Quién le compra?

—¡Yo!

—Eso es diferente. ¿Y el dinero?...

—Tambien á toca teja: puede Vd. venir á mi casa á tomarle.

Y en efecto, media hora despues, el mercader pagaba, billete sobre billete, 57.000 francos, importe del Rembrant, deducida la prima que se le habia ofrecido.

—¡Soberbio negocio!—decia el baratillero frotándose las manos.

De estos entran pocos en libra. ¡Mentira parece que ese pedacito de lienzo valga ese dinero! ¡Y yo que me creia inteligente en pintura!...

IV.

No lejos del establecimiento de nuestro héroe vive un cofrade íntimo amigo suyo.

El baratillero, á quien la perspectiva de los consabidos 13.000 francos habia puesto de buen humor, quiso divertirse un rato á su costa, y al efecto le mandó llamar.

—Apuesto—se dijo—á que ese pobre ignorante

da tambien por las paredes, y á que se queda estático en cuanto le diga el precio del *interior*.

Cuando vió entrar á su amigo por la puerta:

—Tengo una cosa que enseñarte, Estéban—le dijo, levantando la gasa en que habia envuelto el cuadro.—Tú que eres algo inteligente en la materia, ¿quieres decirme cuánto darias por este lienzo?

—Muy súcio está. ¿Qué representa?

—Mírale bien.

—Aquí hay una figura fumando la pipa, y otra con un vaso en la mano... ¿Es una taberna?

—No, es un *interior flamenco*. Vamos, ¿cuánto vale, á tu parecer?

—Pues, hombre, yo daria por él... quince francos.

El mercader lanzó una estrepitosa carcajada.

—Conque, quince francos por ese cuadro ¿eh?

—Y me parece bien pagado, porque el marco es muy viejo... ¿Me equivoco acaso?...

—¡En una friolera!

—¿En cuánto?

—¡En 69.985!

—¡No digas disparates!

—¿Disparates? ¡Estéban, ese cuadro (quítate la gorra para mirarle), ese cuadro es un Rembrant! Mira, aquí tengo el duplicado del contrato de venta extendido ayer. ¿Eh? ¿qué tal?

El amigo del baratillero miraba el contrato y el cuadro con ojos de asombro.

—¡Demonio!—exclamó.—¡70.000 francos eso! ¡Lo veo y no lo creo!

—Lo mismo me sucedia á mí al principio.

—Supongo que no serás tú el que habrás descubierto esa joya.

—No: el cuadro me le dejaron para venderle.

—¿Y cuánto te ganas en el negocio?

—Un piquillo.

—¿De 1.000?

—Con un cero más.

—¡Eres un mónstruo de fortuna! A mí no me caen esas gangas. Por supuesto que la rociaremos...

—¡Con lo que quieras! Hoy comemos juntos.

V.

El dia del plazo convenido, el mercader, acompañado de su amigo Estéban, fué á entregar el

precioso *interior flamenco* al señor baron de Reinster.

Pero, ¡cómo se quedaria el infeliz al saber que el señor baron habia salido para Alemania tres dias ántes!

Empezando á sospechar la verdad, corrió como un loco á casa del vendedor.

¡Tambien aquí el pájaro habia volado!

En suma: la broma del *interior flamenco* le cuesta al pobre mercader 47.000 francos.

En cuanto al lienzo, al famoso Rembrant, le han reconocido peritos inteligentes, y es una mala imitacion del antiguo, que no vale un luis.

FEDERICO DE LA VEGA.

* * *

QUÉ ES EL AMOR?

*Una niña á su madre
le preguntaba:*

*¿Qué es eso que entre gentes
amor se llama?*

I.

Es cosa muy singular
que, tratándose de amor,
no haya dos hombres, lector,
de igual modo de pensar.

Quién, trayendo á su memoria
dias de grata ventura,
con acento de amargura,
dice que el amor es gloria.

Hay quien da por muy notorio
que es infierno tal pasion,
y algun otro, con teson,
afirma que es purgatorio.

Otro muy formal sostiene:
«Quien ama en el limbo está.»

Pero el lector me dirá:

—Y la razon, ¿quién la tiene?

Yo, como verdad notoria,
saco de este lio eterno,
que en el amor hay infierno,
purgatorio, limbo y gloria.

II.

Pollo que frente al balcon
de una niña, con afan,

pasa el día, y de galán
se torna en guardacanton:

Que á todas horas la espera
y cuando sale, ligero,
como perrito faldero
tras ella va por do quiera:

Que ni de estudiar se cuida,
ni trabaja, ni hace nada,
pues pensando en su adorada
hasta de comer se olvida:

Y á sufrir un disfavor
se habia de suicidar.....
ese se halla, á no dudar,
en el *limbo* del amor.

III.

Calavera sin segundo
que ha visto correr sus días
entre crápula y orgías
con que le brindaba el mundo:

Que sus conquistas por miles
cuenta, de ello jactancioso,
pues siempre anduvo afanoso
en empresas mujerieles,

Y hoy se halla enfermo, abatido,
y reconoce sincero
que á estado tan lastimero
los amores le han traído.

A ese que, en sueño ilusorio,
no supo del vicio huir,
ahora le toca sufrir
del amor el *purgatorio*.....

IV.

Para el que goza tranquilo
las dulzuras que le ofrece
su santo hogar, que parece
de la virtud el asilo:

Y tiene por compañera
una esposa que, afanosa,
cuando algún pesar le acosa
le hace olvidar placentera:

Que á sus afanes prolijos
muy justo premio ha logrado,

pues se mira rodeado
de tiernos y amantes hijos:

Y si le postra un dolor
tiene, en trance tan cruel,
quien vele y ruegue por él.....
para ese es *gloria* el amor.

V.

En cambio el que, por su mal,
se casó y ha comprendido
que más le hubiera valido
ir á arrojar al canal.

Pues su esposa, abandonada,
ni le cuida con esmero,
ni sabe hacer el puchero,
ni dar sabe una puntada:

Y ve que su escaso haber,
que hartó le cuesta ganar,
no basta para comprar
perifollos su mujer:

Y al oír llamarse yerno
tiembla como un azogado,
ese exclamará el cuitado:
«¡El amor es un *infierno!*»

L. C. P.

* * *

CHARADAS.

En la calle de la *todo*,
Todo me preguntó un día:
—¿Tiene usted *todo*? Y yo dije:
—No del *todo* todavía.
Entonces me respondió
con una amable sonrisa:
—Lo siento, porque este *todo*
es el *todo* de la vida.

Con *prima* y *tercia* en plural
los globos no hacían falta;
y en el cielo *dos* y *prima*
le descubre en noches claras.
Tercia es nota musical,
y el *todo* es punto de España,

donde yo quisiera estar
siquiera una temporada.

F. S.

*
* *

TEATROS.

Circo del Príncipe Alfonso.—Los Madriles siguen llevando á este teatro á todos los madrileños. No dejen Vds. de ir, si caben, pues todas las noches está el teatro que materialmente no hay una localidad desocupada. Verán Vds. qué malagueñas, qué propiedad en los tipos y qué decoraciones. Esta noche se estrena un juguete titulado: *Quítese Vd. la ropa.*

Apolo.—Anoche, beneficio del Sr. Castilla, se representó en este elegante teatro *El beneficiado* ó *Reública teatral* y *El alcalde torador*, siendo objeto el beneficiado de envidiables aplausos.

En esta semana se verificará en el mismo teatro el beneficio para el Hospital de Niños.

Jardines del Buen-Retiro.—El popular actor Ricardo Zamacois ha sido contratado por un corto número de funciones. Este inteligente actor dará mayor vida á aquel teatro. En los conciertos siguen siendo justa y calurosamente aplaudidos M. Rou-tier Metra, que tan hábilmente los dirige, César Casella y Cantie.

Price.—Pronto volverá á ejecutar su notable trabajo de pasear por el espejo el Sr. James Palmer en este circo, donde tantas y tan notables novedades se nos ofrecen.

*
* *

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCION.

El núm. 25 de la *Revista Contemporánea*, que contiene notables artículos de los Sres. Cárdenas de Salcedo (doña Eloisa), Gerard-Florez y Gonzalez, Labra, Cencillo, Sanchez Moguel, Soury, Vidart, Vega y Revilla.

La segunda edicion del *Eco de los cantares*, de los Sres. Porset y Segovia, que ha merecido la aprobacion de la prensa de todos matices, y á cuyo libro pertenece la preciosa poesía titulada *¿Qué es el amor?* que publicamos en el presente número.

Coleccion legislativa de los ferro-carriles, obra importantísima é indispensable para todos los que intenten emprender un viaje ó enviar cualquier mercancía. Esta obra se halla de venta en la administracion de EL CASCABEL, y se dará á mitad de precio á los suscritores á dicho periódico.

Fábulas en accion. Preciosa coleccion de poesías del eminente escritor D. Teodoro Guerrero, de las cuales daremos á conocer alguna á nuestros suscritores en el próximo número.

Se vende al precio de 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.

El núm. 162 de la *Defensa de la sociedad*, con notables artículos, históricos, científicos y literarios de los Sres. Perez Villamil, Góngora, Arenal (doña Concepcion), Toca, Amat y Maestre, Abdon de Paz y Feu.

Un *Cuadro sinóptico historial de España*, que acaba de publicar el Sr. D. Leonardo de Olmedo. Sólo cuesta dos reales; se vé en él de un solo golpe de vista toda la historia de España y se admiten pedidos en la administracion de EL CASCABEL.

El Intermezzo, esmerada traduccion del poema de Enrique Heine, publicada por el laborioso y concienzudo escritor D. Angel R. Chaves, ya aplaudido en otras traducciones de no ménos mérito.

NOTAS.

La revista cómica de Junio irá en el primer número de Julio.

*
* *

El presente número equivale á los dos últimos de Junio, y tal vez se publiquen algunos más dobles. No pueden Vdes. figurarse la multitud de cartas y cuentas que todos los dias recibimos con motivo de la reforma verificada, por consecuencia de las cuales de número á número hay que aumentar la tirada de lujo, disminuir la económica y reimprimir los primeros números, que se agotaron. Los suscritores pueden estar seguros que nada perderán.

*
* *

Suplicamos á los señores suscritores que no han satisfecho los 10 rs. de exceso para recibir la edicion de lujo de EL CASCABEL hasta fin de año, la envíen cuanto ántes á esta administracion, pues se van á imprimir las cubiertas para encuadernar el tomo y en ellas la lista de los suscritos á dicha edicion.

* * *

EL CASCABEL, y bajo la direccion de doña Joaquina Madrona de Jorreto, tiene ya en prensa el acreditado almanaque de tocador, titulado *El amigo de las Damas*, que venia publicando la distinguida y virtuosa escritora doña Blanca Gassó de Suarez, por cuyo eterno descanso hacemos fervientes votos al Altísimo.

Este precioso almanaque, que vale 6 rs., se dará por 2 á los suscritores de la edicion de lujo.

* * *

Son tantos los señores suscritores que han satisfecho el esceso para recibir la edicion de lujo y el libro de abanicos, y tantos los pedidos que aparte se nos han hecho, que se ha agotado la edicion, por lo que, con el número de hoy, se remiten á los de fuera de Madrid hasta la letra L un magnífico almanaque con cubiertas cromo-litografiadas, más de cien composiciones de los más notables escritores y profusion de grabados, charadas y geroglíficos, acertijos, cuentos, piezas musicales, entre ellas el último pensamiento de Weber, etc.

Los suscritores de la edicion económica que envíen 10 rs. recibirán todo el año la de lujo, y si envían además un sello de 10 céntimos, recibirán el almanaque.

MADRID.—1877

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ

San Miguel, 23, bajo.

GEROGLÍFICO.

